

**Conceptos en Controversia:
Objeto, Inconsciente
y Sexualidad**

Notas acerca del concepto de *objeto* en la teoría psicoanalítica

Elsa Labos

La consideración teórica del concepto de *objeto* en psicoanálisis interroga en esencia, todo aquello que hace a lo que implica la concepción de la cura. Es decir, los efectos producidos en el curso de su devenir, cuando 'la transferencia' instala la operación que involucra la *puesta en acto del inconsciente*.

Teorizar el *objeto* es precisar en lo posible su construcción. Con ello nos acercamos a considerar necesariamente la estructuración del inconsciente, aquella que encuentra su fundamento en el fenómeno de la *repetición*.

ACERCA DE LA CONSTITUCION DEL 'OBJETO PERDIDO'. CONSECUENCIAS EN LA CLINICA

Toda especie de constitución del mundo objetual siempre es un esfuerzo por re-descubrir el objeto, y esto es justamente lo que está en juego en la repetición. Freud distingue dos estructuraciones totalmente disímiles. Una sostenida en la *reminiscencia*, que supone una armonía entre el hombre y el mundo de sus objetos y otra, la que entraña la estructuración del mundo en un esfuerzo de trabajo, por la vía de la *repetición*. Fenómeno que se pondrá en función en la medida en que lo que se le presenta al sujeto sólo coincide parcialmente con lo que ya le procuró satisfacción.

El sujeto se pone, a partir de ella (la repetición) en su búsqueda, sosteniéndola indefinidamente hasta volver a encontrar ese objeto. Es en este sentido que el *objeto perdido* estructuralmente se torna en 'causa' que, a través de la repetición tenderá, en la imposibilidad, a re-encontrarlo.

El objeto por esta senda se re-encuentra y se estructura en la vía de una repetición. Es entonces un eterno y a la vez distinto, re-encuentro con el objeto. Dicho de otro modo, el sujeto no cesa de engendrar objetos sustitutivos.

La función de ‘repetición’ es lo que sostiene la estructura del mundo de los objetos, siendo el *objeto* perdido de la estructura, y re-encuentro en la representación, su fundamento.

La noción de representación, la *Vorstellungen* freudiana, es una noción central destinada a fundamentar la teoría pulsional. Concepto límite entre lo psíquico y lo somático, inseparable por otra parte de la noción de huella mnémica. Huella mnémica, que no es estrictamente repetición sino que está referida al *acontecimiento perdido* por el hecho de la repetición misma y teniendo como objetivo la ‘no repetición’. En suma, es la que emplaza el fracaso del intento de hacer surgir lo mismo en tanto *das Ding*, como dice Freud, o el *trazo unario*, como lo llama Lacan. Es a la vez la que impone un orden a la estructura, definiendo ciertos límites y facilitando la atribución de *sentido* a un conjunto de elementos.

El orden así establecido en base a la repetición, ‘compulsión a la repetición’ dirá Freud en *El malestar en la cultura*, remite al concepto de serie, cuyo acto inaugural define el primer elemento de la serie: el Uno, el trazo unario. Para Lacan, la repetición apunta a hacer surgir ese unario primitivo, Uno contable, diferente del Uno en tanto unificante.

El sujeto como estructura está constantemente capturado entre el cero y el Uno, el Uno como unificante, señuelo, y el cero como uno contable. Pero también el cero debe tener un doble estatuto, es decir: puede ser, o el pasaje del cero al uno, que es producción de la cadena (necesidad del cero para la combinatoria), o bien el cero, en tanto des-subjetivización radical.

Así la *representación* se instala por medio de la inscripción de sistemas de huellas relacionadas entre sí, es decir que un mismo *objeto* puede inscribirse según los diferentes tipos de asociación, tal como lo enuncia Freud en la carta 52 a Fliess, según el régimen dado por los *signos de percepción* que dan lugar a diferentes inscripciones: por simultaneidad, causalidad o analogía. En este sentido podemos decir que la huella en tanto referente último de la percepción del objeto, es determinante de la representación.

El sistema inconsciente contiene las *investiduras de cosa* de los objetos, o sea las primeras *investiduras de objeto* y el sistema

preconsciente nace cuando esta *representación de cosa* es sobreinvertida por la *representación de palabra*. De modo tal que la figuración del objeto en la representación pone de manifiesto una escritura, es decir que la *Vorstellung* tiene necesariamente que concebirse en el interior de un proceso de escritura.

Cuando Freud da la definición de la pulsión, en 1915, diciendo: ‘la demanda de trabajo es impuesta a lo psíquico por continuación de su lazo con lo corporal’, se pueden aislar tres términos: corporal, psíquico y la noción de trabajo psíquico. Articulación que indica que en la lengua figurada del sueño, con la ayuda de las huellas mnémicas se realiza la representación y transposición de los restos diurnos y de los pensamientos de deseo, siendo la *rememoración simbólica* el punto de contacto entre la huella y el contenido del fantasma. Hecho que permite el desplazamiento y transformación de los acontecimientos que datan de épocas anteriores, en recuerdos deformados o fantasmas inconscientes.

Define así, la operación de estructura en que se inscriben los acontecimientos en la memoria y que funda consecuentemente, la relación establecida entre el sujeto y el Otro. Introduce con ello la primera escisión del Yo, la establecida entre el *Yo del placer* y el *no Yo*, en tanto displacer. Tal operación no es ajena entonces a la construcción del objeto en tanto perdido.

DEL OBJETO DE LA ALUCINACION AL OBJETO DE LA REPRESENTACION

La alucinación como fenómeno primordial estructurante, tiende al re-encuentro de la percepción perdida de la primera experiencia de satisfacción, cuyo *objeto* remite a la problemática que Freud plantea cuando introduce la noción de *acción específica*.

El *grito*, expresión directa de la alteración interna involucrada en la acción específica, ya no sólo será considerado como *acción refleja*, sino como un acto de comunicación que implica una desadaptación radical entre el organismo y el proceso de memoria. Corresponde a la emergencia de una nueva forma de realidad, la dimensión propia del deseo en el escenario de una ficción.

El principio del placer que se instala en el escenario ficcional, sólo encuentra su realización en la *alucinación*. Es en ella donde el *objeto se presentifica* sustituyendo el objeto perdido de la satisfacción.

Fenómeno elemental estructurante a partir del cual se sucederá la complejización de la estructura y por ende las vicisitudes que sufrirá este primer *objeto alucinado*. La alucinación fundamental es la expresión del juego del par *afirmación/expulsión*.

La *Bejahung* o ‘afirmación primordial’ implica la primera inscripción, solo atributiva, que tendrá el sujeto de aquello imposible de ser captado y, la *Ausstossung*, la ‘expulsión’ de aquello que jamás puede ser simbolizado. Sin estas operaciones primordiales ningún proceso simbólico podrá tener lugar en la estructura.

De este modo, la dialéctica establecida por el par *afirmación/expulsión* instala el *objeto perdido*, perdido como *objeto de deseo*, lo que es la *condición* de todo intento de *conocimiento*.

Aún la *vivencia alucinatoria* es un efecto, una respuesta a lo *imposible* del objeto. El fenómeno que la hace posible es la repetición simbólica, correspondiente a la ‘rememoración’ freudiana, aquella que entraña la confrontación entre lo esperado y lo encontrado, es decir la ‘repetición de la diferencia’.

Son los atributos del objeto, los ‘signos’ del objeto, los que la alucinación recupera y que permite reconocerlo como tal. La alucinación primitiva se asienta en la fijación del objeto a partir de las primeras huellas inscriptas en la memoria, es decir la huella del objeto perdido de la estructura. Este hecho implica el juego de un primer par significativo, en la medida que la huella se instala entre la primera experiencia y la repetición de su ausencia. Pero será sólo en el tiempo de la repetición de la ausencia, lo que hará posible la inscripción de la huella del objeto.

La vivencia alucinatoria al no ser satisfecha en la necesidad hará un rodeo que, desde la identidad de percepción llegará a la identidad de pensamiento, marcando dos caminos diferentes de acceso al mundo exterior. Ambos, la imagen y la identidad de pensamiento, llenan la condición de ser significantes. El *núcleo inasimilable* es lo que permanece extranjero y funda el primer exterior, distinto de la realidad que forma lo cognoscible propia de la teoría del conocimiento.

La teoría del juicio en Freud, recae justamente sobre estos procesos. En su constitución, cuando introduce el complejo del semejante, resalta nítidamente la diferencia radical entre el *objeto de deseo* y el *objeto de conocimiento*.

El ‘complejo del semejante’, tal como lo describe, se desglosa en dos componentes, la *Cosa*, ‘*das Ding*’, que marca la dimensión

irrecuperable del objeto, y el *atributo* que corresponde a los signos dejados por el objeto, del cual partirá todo lo referente al mundo de lo cognoscible.

La pérdida estructural del objeto en Freud, condiciona sus posibles operaciones que, desde las experiencias primitivas del sujeto, definen los campos de la necesidad y del deseo, diferenciando con ellos el *objeto de la necesidad*, el *objeto del deseo*, en tanto perdido y el *objeto imaginario* en tanto realizado. Estas dimensiones señalan las diferentes categorías con que el objeto operará en la estructura.

El *objeto del deseo* es la causa del deseo, y este '*objeto causa del deseo*' es el objeto de la pulsión, es decir, el objeto en torno al cual gira la pulsión.

Sabemos que el objeto del psicoanálisis se recorta sobre un fondo llamado vacío, falta constitutiva o agujero central; un ejemplo de ello es el objeto fóbico o el objeto fetiche que se constituyen o emergen desde el abismo mismo en que impera la angustia de castración.

Freud condujo la cuestión del objeto a la de un objeto perdido, en juego en la repetición, y Lacan añadió la cuestión del rasgo unario que inscribe la repetición, pero de ambos surge que la consideración del objeto tiende a tomar en cuenta dos vertientes, por un lado lo pulsional y por otro la de ser un fundamento.

Estas notas tienen como finalidad última acercar una pregunta que hace al fundamento mismo de nuestra práctica. Es decir ¿hacia dónde apunta la escucha del analista? ¿Hay un real en juego en la experiencia psicoanalítica?

El dispositivo freudiano, en cuyo marco se produce la experiencia, busca específicamente, apoyado en el método de desciframiento, desconectar los objetos designados por la palabra, de sus referencias habituales en el discurso común. De modo tal que las palabras que designan las significaciones que adquieren los objetos, son descartadas en virtud del mecanismo de asociación libre. Su efecto es modificar el registro referencial, es decir producir en virtud de la escucha del analista, una articulación distinta de aquella de donde partió, pasando de este modo del *objeto imaginario* a la categoría *significante*.

Un ejemplo de este proceso es el recorte significativo que hace Freud en la *La Interpretación de los Sueños*, permitiendo la fractura de la significación y del signo presente en el discurso. Abre de este modo la pulsación del inconsciente que condiciona la búsqueda incesante de otra significación, aquella imposible de

lograr, sólo posible de ser articulada en la articulación significativa.

De allí que la escucha del analista tiende a producir un corte en la significación, formando parte así del *acto analítico*, sólo construido en transferencia.

Su condición, dirá Lacan, es el *deseo del analista*, consumado en el *acto* mismo en que se constituye la experiencia y sostenido en la ética que no sustenta contenidos establecidos, sino por el contrario, en el deseo de obtener la diferencia. Es decir el *deseo del analista* busca que el analizante pueda llevar su análisis hasta la producción de nuevos significantes.

Estas apreciaciones intentan ilustrar la dimensión de los efectos que parten de la conceptualización del objeto perdido, ya que afirma la no complementariedad radical entre el sujeto y el objeto, el carácter estructural de su pérdida, condicionada por la captura en el lenguaje. Presente en Freud desde los inicios ya que en el *Proyecto...* afirma que el¹ sistema fi, predecesor del inconsciente, manifiesta allí su originalidad por no poder satisfacerse, sino con volver a encontrar el objeto originariamente perdido. Es, dice Lacan, “*el punto cero del deseo, donde el objeto humano cae bajo el efecto de captura, que, anulando su propiedad natural, lo somete desde ese momento a las condiciones del símbolo*”.

En *Pulsiones...*, precisa algunos puntos de su teoría de la pulsión parcial, definiendo al *objeto pulsional* como el medio por el cual alcanza su satisfacción. El objeto es aquí instrumento de la satisfacción y, en tanto instrumento, es lo más variable de la pulsión.

Marca una diferencia al carácter de la acción específica sostenida en la necesidad, ya que designa la satisfacción propia del sujeto, diferente de aquella señalada por la biología. Como también la diferencia de aquella que impera en el cumplimiento de deseos, efectuado por el proceso primario a partir de la identidad de percepción.

DEL ‘OBJETO PARCIAL’ DE LA PULSION AL ‘OBJETO DE AMOR’

Así como la pulsión parcial se articula al objeto, variable en tanto instrumental, la elección del objeto amoroso se despliega entre la elección narcisista y la elección anaclítica, señalando que primitivamente hay dos objetos originarios, él mismo y la mujer que lo crió;

¹ Lacan, J., “El seminario de la carta robada”, en *Escritos*, pág 40.

el primero funda la elección narcisística, el segundo la anaclítica. Siendo el carácter central de sus metas, la pasividad en uno y la actividad en el otro.

La transformación de la meta en activo/pasivo, es elaborada a partir de dos pares pulsionales que no se prestan al apuntalamiento: el sado/masochismo y el exhibicionismo/voyeurismo.

Ambos remiten a considerar los términos de sujeto y objeto en sentido gramatical, ya que introduce con ellos un tiempo verbal medio o reflexivo, la vuelta sobre sí mismo, solidario con la meta pulsional pasiva, aunándose de este modo la función del narcisismo.

En el caso del sado/masochismo, diferencia el par agresividad/sadismo, del odio, en oposición con el amor, eje de la transformación de contenido. Remiten al par amor/odio como significaciones que se desprenden del narcisismo, mientras que el sadismo/masochismo conserva su vínculo con la estructura de la pulsión parcial.

Es importante señalar que el odio, en su articulación con la pulsión parcial, remite al masochismo, pero también a la etapa fálica, siendo ésta la condición necesaria para que el amor devenga aquello que se opone al odio.

La pulsión en el niño se define como parcial, en tanto el modo de satisfacción de la zona erógena y el tipo de objeto al cual tendería. Entre estos objetos se establecen equivalencias simbólicas evidenciadas por Freud en “*Sobre las transposiciones de las pulsiones y especialmente sobre el erotismo anal*”, en 1917, intercambios que hacen pasar la vida pulsional por una serie de avatares.

La problemática de los objetos parciales da lugar al desmantelamiento de lo que tenía de global la noción, relativamente indiferenciada, de objeto sexual; es entonces necesario separar un objeto propiamente pulsional de un *objeto de amor*. El primero se define como aquel que es capaz de procurar la satisfacción a la pulsión. El segundo, ligado al amor/ odio, no es utilizado para definir la relación de la pulsión al objeto, sino para designar la relación del Yo total con los objetos.

Todo lo que dice del amor se dirige a acentuar que, para concebir el amor, hay que referirse necesariamente a otra clase de estructura distinta a la de la pulsión. A esta estructura la divide en tres niveles: nivel de lo real, nivel de lo económico y, por último, nivel de lo biológico.

Las oposiciones que a ello corresponden son triples. Al nivel de *lo real*, lo que interesa y lo indiferente. Al nivel de lo *económico*, lo

que produce placer y lo que produce displacer. Sólo al nivel de lo *biológico*, la oposición actividad-pasividad se presenta en su forma propia, la única válida en cuanto a su sentido gramatical, la oposición amar-ser amado.

Se plantea entonces el problema de la articulación entre la homeostasis, es decir lo real freudiano, y el principio del placer. Será éste el punto de emergencia del objeto propio del amor, situándose precisamente donde el principio del placer interfiere con su más allá, constituyéndose como un sustituto del objeto perdido del deseo.

La importancia que adquiere esta conceptualización del objeto amoroso, está referida a su articulación con la concepción de la transferencia y fundamentalmente lo que se entiende, en relación a ella, por fin de análisis.

A partir de que la cura por amor fue una vía desechada por Freud, es que se abre una brecha por la cual se interroga lo real, en tanto perdido, en juego en la experiencia analítica, ya que tal interrogación incide en un punto capital en donde las teorías se pueden confrontar.

El recorrido de las vicisitudes que el *objeto* sufre en la estructura y que definen su modo de funcionamiento, tiene por fin acotar cuál sería nuestro referente clínico, a partir, necesariamente, de posicionar la escucha del analista. La intención fue hacer una referencia en la conceptualización freudiana de aquello que, de lo real, es imposible de ser asimilado, pero que a su vez, cumple las veces de ser una *condición necesaria* en la estructuración del psiquismo.

La pulsión considerada en su tiempo gramatical, tiene por condición ser significativa ya que se manifiesta en la oposición actividad/pasividad, implicando con ello al sujeto gramatical, propio del inconsciente. Concepción claramente formulada por Freud en *Pegan a un niño*, donde la gramática de la fantasía inconsciente se construye en un tiempo reflexivo de vuelta del sujeto sobre sí mismo.

Despejar el papel del fantasma inconsciente nos lleva a acotar el cuestionamiento del fantasma en el análisis. Es definido como un escenario imaginario en el que el sujeto está presente y que figura, de manera más o menos deformada por los procesos de defensa, la realización de un deseo inconsciente. Inaccesible, salvo reconstrucción en el análisis. Se trata de una forma de producir una verdadera repetición, más que de una escenificación, en la frase gramatical: '*soy pegado por mi padre*', que se construye de manera inédita para ambos sexos.

Para Lacan en la construcción del fantasma se inscriben dos

elementos mínimos, por un lado el sujeto del inconsciente, vacilante y enfrentado a su desaparición, ‘tachado’ porque está dividido, en tanto surge como efectos de los significantes. Por otro, más allá de su desaparición, sostenido por el *objeto a*.

El estatuto del *objeto a* y del *sujeto*, es una *puesta en relación*. Es el mínimo constitutivo del fantasma, siendo ambigua e incierta su relación. Para el sujeto se trata, tanto ‘*de ser* como de *no ser*’ el objeto, como de ‘*tenerlo* o *no tenerlo*’, pues el espacio del fantasma es un corrimiento que implica más bien *no es eso*. Tiene que ver, al decir de Lacan, con ‘*el defecto en la pureza del no ser*’ o en Freud con el juego de la diferencia en la repetición, marca a la vez del objeto perdido.

El *objeto a*, juega en relación al deseo de dos maneras: 1) como *sostén posible del objeto*, de satisfacción en la histeria, como imposible en la neurosis obsesiva, y como prevenido en la fobia.

2) Como ‘*objeto vacío*’, es decir como causa, en tanto resto de la operación significativa, soporte en que el deseo mismo puede pasarse de una cosa a otra.

El ‘*objeto a*’, que es núcleo elaborable del goce, es entonces susceptible de ser elaborado en tanto ‘objeto vacío’.

En este sentido para Lacan, el deseo no es sólo la representación imaginaria de la pérdida, sino la manera que tiene el sujeto de identificarse con la falta. Remite a una teoría de la cura a partir de considerar lo *imposible de lo real*. Ese real definido como ‘lo imposible’, en su posición tópica se caracterizará como ex-sistente, confiriéndole el estatuto de un vacío y representado borromeadamente, con los vacíos constitutivos de lo simbólico y lo imaginario. La imposibilidad que lo define, es la de la *no relación sexual*, manifestada ella misma por la angustia de castración.

La vía de apertura hacia lo real, implica que el análisis no es un retorno a lo mismo, sino que lo que busca producir la operación de transferencia es una verdadera repetición, contando que, en la certeza de la repetición, encontrará la diferencia. Diferencia radical que marca el punto donde el sujeto surgirá en relación al vacío del objeto, es decir del *objeto perdido* freudiano.

ELSALABOS

Elsa Labos
Alvarez Thomas 684
C1427CCT, Buenos Aires
Argentina